

CUANDO SE TRATA DE COMPARTIR CON LA GENTE NECESITADA, CARLOS ANDRÉS NAVIA, MIEMBRO DEL EQUIPO MISIONERO CLARETIANO, NO PIENSA EN LOS OBSTÁCULOS. ES CAPAZ DE SACRIFICAR HASTA LAS CELEBRACIONES EN FAMILIA CON TAL DE LLEVAR SU MENSAJE DE ESPERANZA A LUGARES RECÓNDITOS DE COLOMBIA.



# Un pelado con espíritu de ayuda

A los 13 años Carlos Andrés Navia pasó el 24 de diciembre en Riosucio, Chocó, lejos de su familia. Llegar hasta allá no fue fácil: tuvo que viajar de Cali a Medellín en avión, luego recorrer doce horas en bus hasta Turbo y tres más en lancha por el río Atrato. A lo largo de ese último trayecto, a pleno sol, lo llenaron de miedo. Le advirtieron que la zona estaba plagada de paramilitares, que ese grupo se había tomado una población cercana.

Pero Carlos no se arrugó frente a su misión. Ni siquiera por las duras condiciones que debió enfrentar a su llegada a Riosucio. “El pueblo estaba inundado, me tocó aprender a caminar sobre las tablas de madera que era por donde todos los habitantes transitaban. Doña Carmen, la señora que cocinaba para la parroquia, me dijo: ‘Usted es un niño, ¿para qué lo trajeron a sufrir acá?’”.



“No puedo esperar cinco años, cuando ya tenga un cartón profesional, para hacer algo por la gente y por Cali. Siento que con el derecho puedo ayudar a repensar la ciudad. Vibro mucho por la vida política del país”. Carlos Andrés Navia

Recuerda que el comentario le dolió. Sin embargo, se convirtió en un motivo para demostrar **que a tan corta edad podía trabajar por las comunidades**. Que ese era su gran sueño.

La de Riosucio se convirtió en la primera experiencia de trabajo social de este joven caleño. Hoy cursa primer semestre de derecho en la Universidad Icesi y desde hace cinco años pertenece al Equipo Misionero Claretiano. Durante ese tiempo ha conocido en los lugares más recónditos del país la pobreza, el hambre, las injusticias. Por eso, no se arrepiente de tantas Navidades y Semana Santa lejos de los suyos.

**CONVENCER A LA FAMILIA.** En un comienzo la respuesta de sus padres no fue la esperada: “¿Estás loco?, qué vas a hacer por allá para que te devuelvan en un ataúd”. Pero con el tiempo fueron entendiendo que esa era su vocación. Ahora, cada año, su familia sabe que en esas épocas, él no podrá acompañarlos. Saben que sale con su maleta hacia algún lugar de Colombia.

Durante esas duras jornadas, Carlos se levanta a las cinco de la mañana y no ve la cama sino hasta la media noche. El tiempo se le va preparando actividades culturales para las personas que apoya.

Pensando en rifas, en juegos, en obras de teatro.

**“El objetivo del grupo no es alumbrar a esas comunidades, sino enseñarles a alumbrarse ellos mismos”.** Con esa luz de esperanza ha estado en zonas como Timbío, en el Cauca; en Pavitas, cerca de La Cumbre; así como en Salazar y Yumbillo, en inmediaciones de Dapa.

Carlos reparte su tiempo entre los trabajos de la U y su trabajo con el equipo misionero. A veces debe trabajar los domingos desde bien temprano. No importa, dice. Ver la alegría de esa gente a la que ayuda es su mayor recompensa. Por eso mismo, eligió estudiar derecho. Cree que a través de esta carrera puede transformar la sociedad. Antes había pensando en ser sacerdote, pero se dio cuenta que no podía dejar de vivir cosas como ser profesional, tener novia, casarse, ganar un sueldo...

La pasada Navidad también la pasó fuera de casa. Hasta Yumbillo y Salazar, en el Valle, llegó con su mensaje de esperanza. Vivió jornadas de capacitación y una entrega de regalos a los niños más pobres. Así, Carlos Andrés sintió que valió la pena el sacrificio. 